

APRENDER DESDE LAS PÉRDIDAS A PENSAR/GESTAR OTRO MUNDO

Beatriz Bruce¹

RESUMEN

Este ensayo es un montaje de ideas pertenecientes a una multitud, pero, a la vez, corresponde a una manera de trabajar, de leer, de escuchar, de organizar, que puede ser, de punta a punta, cuestionable. El fruto, nunca maduro, admite la continuidad de la labor y hace sitio, al lector, para que se mueva más allá de lo expresado. El suelo desde donde brotan y se desplazan las frases, es el de la filosofía, que entiendo —cualquiera sea el vehículo de manifestación— como pensamiento contingente preocupado por su tiempo, por la alteridad, por el intercambio dialógico y por abrir posibilidades de futuro. La realidad de pobreza, hambre y depredación que se palpa en Argentina requiere la impugnación de la injusticia y exige una solidaridad que nos una en un compromiso ético-político para pensar formas de movimiento que rompan una continuidad histórica sembrada de dolor. Empezar esa marcha exige tener presente que el mundo no es una realidad acabada y que tanto el pensamiento como la praxis se empantanar si no se aventuran a abrir caminos a “lo otro”, a lo desconocido, a algo distinto de lo que está. Sin intención alguna de convencer o perfilar una solución, el sentido de esta puesta en común se limita a soltar en palabras reflexiones que posibiliten poner en marcha el deseo de abrir otras historias por hacer, oponiéndose a la absolutización del presente.

¹ Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy.
Correo electrónico: beatrizbruce@gmail.com ORCID: <http://orcid.org/0009-0005-1286-0328> Fecha de presentación de artículo: julio del 2025.

Palabras clave: dominación, futuro, política, utopía.

ABSTRACT

This essay is a montage of ideas belonging to a multitude, but, at the same time, it corresponds to a way of working, of reading, of listening, of organizing, which can be, from end to end, questionable. The fruit, never ripe, admits the continuity of the work and makes room for the reader to move beyond what is expressed. The ground from which the phrases sprout and move is that of philosophy, which I understand — whatever the vehicle of manifestation— as contingent thought concerned with its time, with otherness, with dialogic exchange and with opening up possibilities for the future. The reality of poverty, hunger and predation that is palpable in Argentina requires the contestation of injustice and demands a solidarity that unites us in an ethical-political commitment to think about forms of movement that break a historical continuity sown with pain. Undertaking this march requires keeping in mind that the world is not a finished reality and that both thought and praxis become bogged down if they do not venture to open paths to “the other”, to the unknown, to something other than what exists. Without any intention to convince or outline a solution. The meaning of this sharing is limited to releasing in words reflections that make it possible to set in motion the desire to open other stories to be made, opposing the absolutization of the present.

Keywords: domination, future, politics, utopia-

LO QUE RESGUARDA

Una tribu de palabras mutiladas
busca asilo en la garganta
para que no canten ellos

los funestos, los dueños del silencio
Alejandra Pizarnik

No podemos olvidar, no, no es posible.
Esos sufrimientos algún día clamarán venganza.
Émile Zola

Este escrito es un montaje de ideas pertenecientes a una multitud, a veces citada, a veces inconscientemente plagiada, a veces capturando sus voces en las letras. Pero, a la vez, corresponde a una manera de trabajar, de leer, de escuchar, de organizar o desorganizar que puede ser, de punta a punta, cuestionable. El fruto germinado —nunca maduro— juega con asociaciones inestables como invitación a abrir preguntas sobre el presente; admite la continuidad de la labor y hace sitio, al lector, para que se mueva más allá de lo expresado. Parafraseando a Rosenzweig (1997), las palabras proferidas son solo un comienzo hasta que lleguen a quien las capte y les responda desde sus inquietudes para permitir así un juego orquestado.

El suelo desde donde brotan y se desplazan las frases, es el de la filosofía, que entiendo —cualquiera sea el vehículo de manifestación — como pensamiento contingente preocupado por su tiempo, por la alteridad, por el intercambio dialógico y por abrir posibilidades de futuro. Por ser saber crítico en acto, debe orientar su tarea en evidenciar, abjurar y ayudar a modificar el lado malo de lo existente, siempre con humildad y aceptando su posible falibilidad. Los innumerables padecimientos que exhibe hoy el mundo nos exigen estar atentos para escuchar los testimonios de aquellos que no tienen nada salvo su extrema vulnerabilidad —y cuyas voces tenues tienden a hacer desaparecer las “historias oficiales”— para ir perfilando,

abriendo y transitando juntos caminos desconocidos que permitan la reparación de la desdicha.

Situando las enunciaciones en una espacialidad concreta, encontramos que la realidad de pobreza, hambre y depredación que se palpa en Argentina no admite demoras ni requiere resignación o dádivas. Requiere la impugnación de la injusticia y exige una solidaridad que, naciendo de la sensibilidad ante el sufrimiento, nos una en un compromiso ético-político para pensar formas de movimiento que rompan esa continuidad histórica sembrada de dolor. Como Hermann Cohen solía decir (2004), “(...) la miseria y no la muerte constituye el gran enigma de la vida humana” (p. 103).

Emprender esa marcha exige tener presente que el mundo no es una realidad acabada y que tanto el pensamiento como la praxis se empantanar si no se aventuran a abrir caminos a “lo otro”, a lo desconocido, a algo distinto de lo que está. Haciendo una síntesis de las expresiones de Adorno (2014, p. 17), donde no hay utopía, el pensar queda muerto en la mera duplicación. Es en contra de ello que la filosofía debe desplegar su fuerza. Sin intención alguna de convencer o perfilar una solución, el sentido de esta puesta en común se limita a soltar en palabras reflexiones que, oponiéndose a la absolutización del presente, retomen memorias y posibiliten impulsar el deseo de desplegar otras historias por hacer.

LO QUE ACONTECE

El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días... Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es

arriesgada y exige atención y aprendizajes continuos: buscar y saber reconocer quién y qué en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.

Italo Calvino

En diciembre del 2023 gana las elecciones presidenciales de Argentina un individuo —Javier Milei— que se presentó en la arena pública con un discurso centralmente antiestatal y antipolítico. Sin embargo, esta inconsistencia entre su hacer —trabajar en una campaña política para elecciones de autoridades de gobierno y asumir la presidencia una vez logrado el triunfo en las urnas— y su discurso vociferante sobre el Estado como asociación mafiosa y sus funcionarios como “casta”, no horadaron la popularidad que fue adquiriendo en sectores sociales de vida precaria o incierta, ambas cualidades —precariedad e incertidumbre— presentes y extendidas a lo largo de años de injusticias.

Este conjunto poblacional, ubicado en un lugar pasivo de víctimas de desigualdades sociales, políticas, económicas y simbólicas —lugar que reforzaron con sus formas de dirección tanto las políticas estatales y sus funcionarios como algunos dirigentes de organizaciones sociales—, no supo o no pudo consolidar otra potencia política más que las demandas de amparo y la espera de una propuesta de cambio desde el poder. Como dice Diego Tatián en una conversación que publicara Castillo (2021), “Los sistemas de dominación producen víctimas, quieren víctimas, internalizan la idea de víctima y, finalmente, hacen cosas por las víctimas: las ayudan” (p.79). Esa pasividad hizo fácil la tarea de subyugarlos con una irrupción excéntrica y, desde allí, estimular sentimientos de odio hacia aquellos que se señalaban como culpables de su situación. Didí-Huberman (2024) explicita: “La persona subyugada está a la vez enamorada y

alienada; es decir sujeta, sometida y esclavizada” (p. 18). Guy Debord, (2009) tempranamente también nos alertaba que “la decadencia general es un medio al servicio del imperio de la servidumbre” (p. 140).

Quizás haya sido esa impotencia política lo que llevó a pensar que no tenían nada que perder —y, a lo mejor, mucho que ganar— siguiendo a esa representación disruptiva y novedosa que prometía con pasión demoler a los rotulados como enemigos. Con ingenuidad no pudieron advertir, en esa enérgica teatralización, que el odio moviliza, pero no proyecta políticas para el conjunto.

En una conversación que Georges Didi-Huberman mantiene con niños y jóvenes sobre la obediencia, les recuerda y nos recuerda un momento histórico en que, al quedar grandes sectores poblacionales presos de “la obligación a obedecer”, se permitió abrir la puerta a una tragedia histórica de magnitud. Esta obediencia era lograda a través de enérgicos discursos de odio que fascinaban a las masas que los escuchaban y que absorbían la tarea de reverberar la violencia que subliminalmente se les iba incorporando. El ejemplo del autor, referido al ascenso y triunfo de la propuesta de Hitler en la Alemania de pre-guerra, nos debiera alertar:

Dicen que daba discursos fantásticos. Casi ladraba al hablar, eructaba pseudo ideas grandiosas, hacía gestos exagerados, todo eso durante horas. Sus manos se crispaban como tratando de agarrar algo enorme. Lo que en verdad aferraban esas manos era el deseo o la voluntad individual de cada persona que lo escuchaba. A la gente le fascinaba su energía, esa energía que producían sus discursos de odio: prometía con pasión excluir y destruir muchas cosas. La gente estaba fascinada y más aún subyugada. (Didi-Huberman, 2024, p. 15)

Esta imagen podría ajustarse a lo que vimos/oímos y aún vemos/oímos en las diatribas de Milei y en el efervescente entusiasmo de sus

seguidores. Con habilidad de publicista y gran manejo de las formas digitales de comunicación, supo abrir un horizonte de expectativas en sectores desesperanzados e incautos que creyeron en las gesticulaciones y declaraciones altisonantes y absorbieron las arengas de odio hacia aquellos que señalaba como culpables de su malestar: un arco variopinto y flexible que incluía a políticos “progresistas”, comunistas, sindicalistas, feministas, inmigrantes, homosexuales y cualquier colectivo que pudiese perturbar su particular visión de la política y el mundo. Desplegando dotes escénicas y un habla pobre pero grosera y agresiva —cada vez más difundida y extendida socialmente—, Javier Milei fue adquiriendo una popularidad mayor que cualquiera de las propuestas carentes de novedad ofrecidas por los partidos que alternativamente habían dirigido el Estado o actuado como oposición en las cámaras legislativas.

Fue muy impactante tanto el discurso de muchos medios televisivos y radiales como los escritos en los sitios digitales, replicando ese señalamiento de culpabilidad sobre lo que se denominó “la casta”, incluyendo en la vaguedad de ese término a los funcionarios de gobierno y legisladores de los últimos años, pero también a todos los trabajadores de cualquier dependencia estatal: universidades, hospitales, organismos de ciencia y técnica, reparticiones públicas creadas como garantes de derechos, etc. La incidencia de la iteración mediática la podemos detectar por la popularidad que adquirió el término “casta” —casi en desuso en las sociedades democráticas— en la jerga política de todas las tendencias. Es así ya un nombre incorporado a la lengua común.

Parece no haber llamado la atención que la totalidad del aparato represivo, a pesar de ser estatal, quedara fuera de esa condición parasitaria y corrupta atribuida a “la casta”. Era fácil de percibir, por explícitas enunciaciones en el discurso de Milei, que no sería incluido en su pregonado “achicamiento” del Estado, ya que el costo de sus consignas de “déficit cero” y “ajuste de las cuentas fiscales” —solo

logrables a partir de un feroz ajuste de salarios, jubilaciones, asistencia social y obra pública— demandaría represión ante cualquier desborde rebelde. Y, curiosamente, todo el campo empresarial y financiero fue ubicado en el sector de los vulnerados económicamente —junto a los desocupados, hambreados, desamparados y empobrecidos—; es decir, todos por “igual” víctimas de los últimos gobiernos democráticos.

Su discurso delirante y sus propuestas carentes de diseños concretos capaces de resolver los padecimientos de un gran sector de la población fueron preferibles a la repetición a futuro de lo ya sufrido. Así, el ilusorio discurso “revolucionario”, capaz de generar expectativa de “algo distinto”, que prometía quebrar una inercia que había durado demasiado y que los dejaba estancados en un mismo lugar, fue secuestrado por este personaje —Javier Milei— que astutamente percibió el desaliento e incredulidad ante las propuestas moderadas, tradicionales y reiterativas. Su triunfo electoral, calificado de sorpresivo por muchos, no era impensable si consideramos que es inherente a la práctica política resolver creativamente los problemas de la sociedad evitando la repetición constante de lo mismo.

Esa fraudulenta promesa de cambio radical generó difusas y confusas esperanzas en sectores populares que se materializaron en votos. Quizás primó en esa decisión una apuesta a la incertidumbre sobre lo desconocido antes que la certeza sobre lo ya vivido, que no supo o no pudo hacerlos partícipes de una vida digna. Milei, astutamente, hizo uso del clima emocional de hartazgo y resentimiento para conseguir adhesiones a una política que, paradójicamente, llevaba implícita la intensificación de los dolores de gran parte de sus propios votantes.

Orwell, en su escrito *1984*, ya relataba lo que hoy se percibe como realidad:

En cierto modo, la visión del mundo que tenía el Partido se imponía con éxito a gente incapaz de entenderla. Se les podía convencer de que aceptaran las más flagrantes violaciones de la

realidad, porque nunca llegaban a entender del todo la enormidad de lo que se les pedía y no estaban lo bastante interesados en los acontecimientos públicos para darse cuenta de lo que ocurría. (Orwell, 2023, p. 181)

Su extraña postulación la encuadró como “anarco-capitalismo”, nominación que pone en palabras un cinismo desbordante porque ambos nombres se repelen. Como escribe Malabou (2023), “El anarco-capitalismo no forma parte de la tradición anarquista, cuyo nombre usurpa” (p. 21). Una rápida revisión histórica nos permite, por un lado, relacionar el término anarquismo con formas de participación horizontal, denostando toda estructura jerárquica de poder. Como señala Rancière (1996), la negación de la *arché* rompe toda axiomática de la dominación. Por otro lado, la forma política que garantiza la producción, el intercambio y la acumulación del capital ha sido y continúa siendo la del Estado-Nación. Sé que ambas descripciones son simplificaciones; cabe aclarar que el Estado no es una abstracción vacía, sino que históricamente adopta distintas formas. Desde la modernidad, los estados burgueses han ido modificando sus concreciones: liberal, benefactor, dictatorial, republicano, populista, conservador, etc., según las tensiones entre fracciones de la clase dominante y las circunstancias específicas a las que se amoldaban. También en el nombre “anarquismo” conviven variaciones: desde un anarquismo individualista, tipo Max Stirner, hasta formas más comunales y pacifistas como las predicadas por Gustav Landauer, pero siempre escapando de la lógica de la sujeción.

Desnudar esta incongruencia teórica y este cinismo a ultranza que pretende entrelazar lo anárquico con el capitalismo —categorías que se excluyen— es una tarea fundamental porque permite mostrar que esa promesa revolucionaria es una cruel mentira. En el sistema del capital, hay dos caras de una misma moneda —Estado y Mercado— que son inevitablemente interdependientes; o dicho de manera más sencilla, no puede funcionar el capital sin garantía estatal de propiedad

privada. Y tampoco puede crecer sin otros reaseguros legales como leyes impositivas, blanqueo de capitales, garantías a inversiones, regulaciones laborales, etc., que refuerzan su expansión y concentración. No hay anarquía en el sistema del capital, hay un fuerte resguardo jurídico y tutelar por parte del Estado y su corpus legal. La propuesta política que Milei encubre bajo ese oxímoron es la de extremar una política ultraliberal de dirigismo político para garantizar centralidad al poder económico.

Como señala Laval, en una entrevista que le realiza en el año 2014 Amador Fernández-Savater —y que fuera publicada por éste con posterioridad (2024, p. 24)— el Estado Neoliberal es la palanca principal para la extensión de la lógica del mercado más allá de la estricta esfera del mercado. En idéntica dirección, Rancière (2007) caracteriza la práctica política que avanza mundialmente por su abandono de un programa de libertades múltiples para ponerse al servicio pleno de un mercado que privilegia la aristocracia financiera frente al industrialismo. Marx (1979, p. 32) con perspicacia anunciaba ya en *La lucha de clases en Francia* que el control del Estado por parte de la aristocracia financiera significa la podredumbre de la burguesía tanto en sus modos de ganancia como por los goces descontrolados de este codicioso sector.

De allí el interés de Milei en impulsar reformas en la esfera estatal, para asegurar la conformación de un nuevo tipo de sociedad y de existencia, a través de normas construidas política, institucional y jurídicamente como respaldo a las actividades secularizadas de las finanzas, la acumulación, el intercambio y la circulación del capital. Reduciendo la asistencia social, flexibilizando los derechos laborales y jubilatorios, precarizando el empleo, reduciendo el poder adquisitivo de los salarios, generando endeudamiento en la población, denostando y reprimiendo organizaciones colectivas, se fomenta el individualismo y se erosiona la trama de solidaridades. Surya (2012) esclarece, en su tesis N.º35 sobre la dominación, el peligro de aquellos discursos que

enfatan una “[...] insuficiente libertad” (p. 29), porque ocultan su intencionalidad destructora de cualquier regulación gubernamental sobre los intereses económicos y, en definitiva, denigra a los sistemas democráticos. En pocas palabras, la predicada “libertad” está dirigida “al mercado” y a generar (o a reforzar, porque ya se avanzó en ese sentido) ese nuevo sujeto sumiso, inserto en la lógica de la competencia, la apropiación y el consumo, lógica individualista que queda en evidencia en los rasgos de incivilidad y descortesía que muestran numerosas formas de las relaciones.

Su presentación política insurrecta no se materializa ni en sus medidas de gobierno —todas similares a las ya vividas en otros momentos históricos: dictatoriales o democráticos—, ni en las leyes que propone —que repiten argumentos y amplían beneficios solo a favor de los sectores de dominio— conjugándose, además, con un conservadurismo de valores sociales con relación al feminismo, al movimiento LGTBIQ+, a la educación sexual, a la interrupción legal del embarazo, etc. Es decir, plantea una idea de novedad, pero sostenida, por un lado, sobre una práctica política ya conocida, adecuada al sistema del capital financiero y tecnológico y, por otro, sobre un retroceso cultural conservador.

Otra condición, que lo acerca a movimientos de derecha más extremos —que no son los que tienen mayor popularidad en otros países— es su reivindicación de la política represiva y el fortalecimiento de las distintas fuerzas armadas y policiales en el país. Su vestimenta o disfraz castrense en algunas ocasiones, así como su participación en el desfile militar de la festividad de la Independencia del país en un tanque de guerra, muestran esta faceta autoritaria de los viejos fascismos. Lamentablemente, no queda solo en la simbología este costado autoritario y represivo. Los despliegues desmedidos de la fuerza, los gases, los golpes, las balas de goma, el encarcelamiento injustificado de manifestantes por el mero hecho de ser partícipes de la acción colectiva, han sido puestos en práctica en movilizaciones de

trabajadores, de organizaciones sociales, pero, sobre todo, de jubilados, grupo que con frecuencia sistemática se hace presente en la calle. Con una clara intención de secuestrar la potencia del actuar conjunto, la represión golpea, lastima y debilita, pretendiendo así secuestrar el deseo de sumarse a los colectivos en lucha. La falta de sensibilidad ante las demandas y la crueldad de una violencia desplegada para acallar las voces en desacuerdo, han ido acentuándose en la misma medida en que la pobreza de la población aumenta y motiva la protesta en la calle.

Sumamos a esto el retorno de ciertos discursos justificadores de la represión de la última dictadura militar, cínicamente amparados en lo que se dio a llamar “la teoría de los dos demonios”. Pero no queda este revisionismo histórico solo en el plano discursivo: la visita a represores condenados, en sus lugares de confinamiento, hace pensar en acuerdos trazados para que los asesinos, torturadores, expropiadores de niños, violadores y ladrones de bienes de sus víctimas, en fin, los perpetradores de crímenes de lesa humanidad, sean indultados. O, al menos, instalar un discurso de exculpación que morigere su accionar y limpie parcialmente su imagen.

En definitiva, la propuesta gubernamental de Milei no tiene intención alguna de demoler el Estado como organización política del capital, sino endurecer el dirigismo político para extremar su camino neoliberal. La impactante motosierra solo se aplica a las formas estatales que quiere hacer desaparecer. Estas son: por un lado, las relacionadas con un “Estado Benefactor” al que considera —casi desde una ignorancia de la política y lo político— como “comunista”; por otro lado, a un “Estado Liberal” clásico que legitima —o al menos no condena— el avance de diversas conquistas sociales y respeta la convivencia democrática —o guarda ciertas formas—. Ambos son suplantados por un Estado que predica la desaparición de las políticas públicas que garanticen derechos conquistados junto a la exaltación y sostén del reino del mercado y del consumidor; un Estado autoritario,

conservador y violento, lo cual anula de cuajo la pretensión de un quiebre revolucionario en esa propuesta política. Más bien, cabría a su política la calificación de “siniestra” —en el sentido freudiano— por ofrecer como una realidad desconocida algo antiguo, familiar, que retorna de modo aún más terrible.

LO QUE RESUENA

Si os encontráis en un lugar de muerte, buscad la ocasión de combatir. Llamo lugares de muerte a aquellos en los que no se puede contar con ningún recurso, donde se desfallece gradualmente a la intemperie, donde las provisiones se consumen poco a poco sin esperanza de poder reponerlas [...] Si os halláis en semejantes circunstancias apresuraos a librar cualquier combate.

Sun Tzu,

Las breves pinceladas —fragmentarias y siempre cuestionables por responder a un modo de ver, leer, pensar— que pretenden describir las políticas de Estado presentes en la Argentina de hoy presidida por Javier Milei, parecen concretar los planteos de las más conocidas distopías de mediados del siglo XX, que imaginaban a futuro “un orden eminentemente técnico cuya única función sería garantizar la perpetuación del dominio social autoritario” (Matos, 2023, p. 126). Según Andyti Matos en esas sociedades imaginarias, conducentes a empeorar las condiciones de vida de su presente “[...] el individuo se somete por completo a la autoridad del Leviatán. Y lo más aterrador: la historia reciente de Occidente está demostrando y probando la

posibilidad técnica de realizar estas distopías político-jurídicas autoritarias, cada vez menos ficticias” (2023, p. 130).

Solo para rescatar algunas de estas piezas literarias más notables, la memoria se tropieza con *Un mundo feliz*, escrita en 1932 por Aldous Huxley, y *1984*, publicación de George Orwell de 1949. Voy a retomar algunos párrafos de esos archiconocidos textos por la perspicacia puesta en juego para esbozar, anticipadamente, lo que estamos viviendo en el presente. No se trata de augurios sostenidos solo en la imaginación creativa. Más bien, estos escritores fueron testigos de futuro en una época oscura, de crisis del capital y de guerras desatadas, lo que les permitió percibir una nefasta posibilidad social, si no se intentaba cambiar el rumbo. En el presente, podemos realizar el artificio de confiscar sus voces para escucharlos como si nos hablaran en y de nuestro tiempo. Una frase de Marx de *Miseria de la filosofía* (1987), legitima este anacronismo: “Pero a medida que la historia avanza [...] basta con darse cuenta de lo que se desarrolla ante los ojos y convertirse en portavoces de esa realidad” (p. 81). Escuchemos a esos precoces vaticinadores.

¿Cómo impone un hombre a otro su poder? [...] Haciéndolo sufrir. No basta con la obediencia. Si no sufre, ¿Cómo podés estar seguro de que la otra persona obedece tu voluntad y no la suya? El poder se basa en infligir dolor y humillación. El poder consiste en hacer pedazos el espíritu humano y darle la forma que elijamos. ¿Empezás a ver ahora el mundo que estamos creando? Es justo lo contrario de las bobas utopías hedonistas que imaginaron los antiguos reformistas. Un mundo de miedo, traición y torturas, en el que pisoteas y te pisotean, y que se volverá más despiadado a medida que vaya refinándose. En nuestro mundo el progreso será un progreso hacia el dolor. Las antiguas civilizaciones decían estar basadas en el amor o la justicia. La nuestra se funda en el odio. En nuestro mundo no habrá más emociones que el miedo, la furia, el triunfo y la

degradación. Todo lo demás lo destruiremos, todo. Ya hemos empezado [...] No habrá arte, ni literatura ni ciencia [...] Desaparecerá la curiosidad y el disfrute de la vida. Pero siempre, no lo olvides [...], persistirá la embriaguez del poder que cada vez será mayor y más sutil. Siempre, en todo momento, existirá la emoción de la victoria, la sensación de pisotear a un enemigo indefenso. Si querés hacerte una imagen del futuro, Imagina una bota aplastando una cara humana...eternamente. (Orwell, 2023, pp. 305-306)

[...] a medida que pase el tiempo, éstos, como todos los hombres, descubrirán que la independencia no fue hecha para el hombre, que es un estado antinatural que puede sostenerse por un momento, pero no puede llevarlos a salvo hasta el fin. (Huxley, 1969, p. 183)

[...] la civilización no tiene ninguna necesidad de nobleza ni de heroísmo. Ambas cosas son síntomas de ineficiencia política. En una sociedad debidamente organizada, como la nuestra, nadie tiene la menor oportunidad de comportarse noble y heroicamente. [...] No existe la posibilidad de elegir entre dos lealtades o fidelidades; todos están condicionados de modo que no pueden hacer otra cosa más que lo que deben hacer. (pp. 186-187)

[...] la verdad es una amenaza y la ciencia un peligro público. [...] Pero no podemos permitir que la ciencia destruya su propia obra. Por esto, limitamos tan escrupulosamente el alcance de sus investigaciones. ... Sólo le permitimos tratar de los problemas más inmediatos del momento. Todas las demás investigaciones son condenadas a morir en ciernes. [...] Nuestro Ford mismo hizo mucho por trasladar el énfasis de la verdad y la belleza a la comodidad y la felicidad. [...] ¡De qué sirven la belleza y el

conocimiento? [...] A la sazón la gente ya estaba dispuesta hasta a que pusieran coto y regularan sus apetitos. (pp. 179-180)
[...] [Crecerá] un odio instintivo hacia los libros y las flores.
(Huxley, 1969, p. 33)

Estas largas y fragmentadas transcripciones, justificadas por el valor de su escritura, nos impactan por representar situaciones problemáticas que encontramos en nuestra Argentina de hoy. Mientras discutimos la superficie —hechos indudablemente dolorosos e importantes como precios cada vez más caros, salarios y jubilaciones a la baja, despidos, anulación de presupuestos para políticas públicas de equidad, etc.— los escritos distópicos nos señalan que la implementación de esas políticas se sostiene sobre una confiscación de la potencia a actuar por el temor y, simultáneamente, por el bloqueo de aquellas fuentes de conocimiento y belleza que pueden contribuir a sobrepasar las “pasiones tristes”, como las llamaba el gran filósofo político Spinoza.

Tampoco es fortuita la disputa y la colonización del lenguaje. A partir de Saussure, se considera al lenguaje como la realización práctica de la lengua; es dinámico y varía por el uso comunitario. Es por ello por lo que siempre queda enredado en las redes del poder. Barthes (2003) en *La lección inaugural* afirma que la relación entre lengua y poder es insoslayable y Steiner (2016), alertaba “sobre las presiones que ejercen los regímenes totalitarios y la decadencia cultural sobre el lenguaje y otros códigos de significación” (p. 6). No hace falta explayarse sobre un tema tan bien estudiado y tan visible en la comunicación del presente.

Sí quisiera referirme a las iteraciones que van modificando peligrosamente la semántica de ciertos términos del léxico político. Si bien todo significado es abierto y mutable, también está sujeto a ser “fijado” de determinada manera por el poder. Nos disparan

nuevamente estas problemáticas a lo previsto por Orwell en su distopía. El literato otorgaba un papel fundamental al control y empobrecimiento de la lengua para la instalación de la sumisión en sociedades autoritarias. Las consignas partidarias que reitera a lo largo del libro son impactantes y atemorizantes porque señalan el peligro de la iteración en la fijación de significados: “La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza” (Orwell, 2023, pp. 17, 30, 41).

En la “neolengua” del partido de gobierno de nuestra Argentina —denominado “La Libertad Avanza”—, la palabra central de su política tiene una acepción restringida: “libertad” no puede connotar “pensar distinto”, “elección sexual”, “autopercepción de género”, “expresar desacuerdos con el gobierno”, etc. Parece quedar reducida a libertad de obedecer, de acordar, para algunos sectores, mientras que para otros es libertad de acumular capital. Fija también una extensión singular e inequívoca a “igualdad”, que sería sinónimo de “uniformidad”, dejando fuera de consideración el significado que la anuncia como el presupuesto de toda política democrática que potencie el encuentro de las diferencias y justicia para todos. El decir poético de Asimov (citado en Steiner, 2016), nos ahorra extendernos en el tema: “Gastadas, raídas, vacías, las palabras se han vuelto esqueletos de palabras, palabras fantasmas; todo el mundo las mastica y eructa luego su sonido” (p. 53).

Queda en evidencia que la embestida contra manifestaciones culturales vinculadas al arte, al lenguaje y al conocimiento no son ingenuas ni productos de la burda manera de ser o de mostrarse de muchos de los personajes que detentan el poder político. Subyace en el desfinanciamiento de las Universidades Públicas, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA), tanto como en el ataque a

figuras artísticas o intelectuales, una censura de lo heterogéneo con intencionalidad de clausurar vías consideradas peligrosas por su posibilidad crítica de descarrilarnos del único camino habilitado desde el poder: el de la servidumbre.

El pensamiento, la sensibilidad y el disfrute de lo bello —los libros, la solidaridad y las flores— son peligrosos: nos pueden rescatar de la normalización de lo dado y posibilitar, así, abrir el deseo “de otra cosa”. Son peligrosos, porque nos muestran la eventualidad histórica y abren la posibilidad de su transformación. Pero, como señala Rancière (2013), reclamando la necesaria puesta en movimiento, “El conocimiento de las razones de la dominación no tiene poder para subvertir la dominación; siempre hace falta haber empezado a subvertirla [...]” (p. 17). O como, en un mismo sentido, nos recuerda Foucault (2006, p. 91), debemos aventurarnos a transitar desde la crítica a las limitaciones hacia una crítica práctica del franqueamiento posible.

LO QUE DESEAMOS

No se combate el fascismo porque se le puede ganar,
Se lo combate porque es fascismo.
Fernando Gerassi

Desde las raíces hundidas en la nada, asciende la savia roja [...] sobre la periferia de todas las puntas de las ramas, donde eclosiona el capullo.
Étienne Souriau

Como lo estudiara Girard (2005) la aceptación del sacrificio es un acto social que se realiza para “[...] no exponerse a peligros más graves” (p. 9); se soporta como un intervalo hacia la bonanza. Desde el lugar

del sacrificador, siempre implica violencia desplegada, como describe el autor:

La interpretación del sacrificio como violencia de recambio [es] una autentica operación de *transferí* colectivo que se efectúa a expensas de la víctima y que actúa sobre las tensiones internas, los rencores, las rivalidades y todas las veleidades reciprocas de agresión en el seno de la comunidad. (Girard ,2005, p. 15)

Pero, después de más de un año de gobierno, variados sectores poblacionales cayeron en situaciones de extrema vulnerabilidad por la inflación, el desajuste salarial, la liberación de los alquileres, la suba de tarifas, el incremento en el transporte, en fin, por la imposibilidad de poder afrontar necesidades básicas para una vida digna. Es conjeturable, además, que hubieran tomado conciencia de que su sacrificio solo sirvió para beneficiar a otros. No se suministra alimento a los comedores, se reduce la ayuda social, los medicamentos gratuitos escasean, no se aumentan adecuadamente los haberes a los jubilados, a los docentes universitarios, a los médicos, no se realizan obras públicas de elementos indispensables como agua y cloaca en los barrios carenciados, etc., pero se permite otra vez el blanqueo de capitales, la disminución en los tributos a los bienes personales, el otorgamiento de concesiones sobre bienes del Estado por una gran cantidad de años sin abonar impuestos, la reducción de tasas a artículos de lujo frente a la inflación de los alimentos y servicios, etc. Deja esto en evidencia la violencia ínsita en toda imposición sacrificial, que Lévi-Strauss (1988), señalaba como falsedad, ya que, cuando el sacrificio se peticiona desde sectores de poder, esa exigencia de gasto y desgaste nunca se relaciona con la obtención de logros reales para el “sacrificado”.

Ahora bien, pareciera que la efectividad del discurso del “sacrificio necesario” se agota y el pueblo va despertando. Esto nos recuerda que —en determinados momentos y pese a todo— los cuerpos se aúnan

para contradecir una política preñada de injusticias que presentan como novedad triunfante. Cada día hay un nuevo sector que expresa sus lamentos y sus demandas como respuestas a particularidades que viven y sufren. La coincidencia entre la situación material cada vez más apremiante y una situación afectiva de frustración y descontento, que inunda a variados sectores, es la fuerza que puede quebrar la cadencia del movimiento político impulsado desde el sillón presidencial y sus financistas acompañantes. Dice Lordon (2015):

El descontento: he allí la fuerza histórica afectiva capaz de hacer que se bifurque el curso de las cosas. Como toda la vida social, la historia, que no es más que su despliegue temporal, funciona con afectos, pero la historia específicamente “bifurcadora”, funciona específicamente con afectos coléricos. La multitud capaz de concentrar suficiente potencia como para operar los grandes derrocamientos, es la multitud de los descontentos. (p.163)

Pero esto no es suficiente; es necesario desear, pensar y actuar el rumbo bifurcador; perfilar, poner en escena horizontes de existencia y abrir una imagen propia de futuro. Acordando con lo que enuncia Surya (2012, pp. 79-80) en sus tesis 165, 166, 167 y 168, las movilizaciones sociales que irrumpen, en general, reconocen motivos particulares; designan por su nombre al objeto de su lucha. Es decir, acotan su deseo a la satisfacción de una carencia (trabajo, salario, jubilación, vivienda, medicamentos, etc.), pero no abren la posibilidad de algo que permita escapar de la dominación. La herencia de Fourier, uno de los notables utopistas del s. XIX, nos señala los límites de quedarnos en la búsqueda de resguardo compensatorio. Es él quien nos enseña, en el decir de Abensour (2022, p. 65) a dar un salto político desde la necesidad o la falta hacia el deseo, hacia la expansión del ser. En ese giro, debemos desplazarnos hacia el ejercicio de querer, pensar y trabajar comunitariamente un porvenir que quiebre las relaciones de poder establecidas y que engendre nuevas almas. Y, en

constante dialéctica, ir montando praxis políticas que se ocupen de distinguir fisuras en lo dado para ir generando desde allí vectores de luz que posibiliten iluminar —aunque sea difusamente— una transgresión posible, un algo que aún no tiene presencia.

Los desconformes y avasallados por las clausuras políticas imperantes en nuestra tierra, insertos en esa compleja trama histórica del presente, debemos encontrar y elaborar una función utópica desde un nosotros y para un nosotros. Después de un largo trabajo crítico —de dos centurias— de la utopía sobre sí misma, sabemos que no es una creación fantástica de un sujeto, sino la resultante de la práctica colectiva que va “marcando con lápiz rojo todos los edificios que deben desaparecer” (Cœurderoy citado en Abensour, 2022, p. 76), para poner en marcha el deseo de lo distinto y abrir la puerta a lo desconocido. “La utopía, provocación intempestiva, empuja a ir más allá de la proyección imaginaria, a realizar un pasaje al acto bajo la forma de una práctica experimental de grupo”, sintetiza Abensour (2022, p. 80). Sin ese faro que impregne de sentido cismático al movimiento social, los triunfos sólo significaran mejoras temporales, siempre sujetas —en su implementación o quita— a las decisiones del poder. He ahí la importancia de vislumbrar, como decía Marx, la poesía del futuro para escapar a la repetición de lo mismo y “filosofar a martillazos” para recuperar un pensamiento herético, como aconsejaba Nietzsche.

Es verdad que el momento actual es difícil; mundialmente difícil por haber triunfado, como clima de época, la clausura de la historia; hay una renuncia a cualquier exterioridad desde la totalidad capitalista. Pero, con cierta frecuencia e inesperadamente, los pueblos irrumpen a pesar de todo; se sacuden la enajenación y la represión y hacen saber lo que quieren y lo que piensan; despliegan con sus pasiones, otra aventura histórica. Reiteradamente muestran, encarnada en sus cuerpos —actor principal de todas las utopías (Foucault, 2009, p. 13)—, la potencia capaz de abrir —con sus deseos, gestos y

acciones— la posibilidad de un futuro herético reparador, de un mañana que trastoque la parsimoniosa marcha de las injusticias. Y como hermosamente lo dice Souriau (2021): “[...] dichosos quienes fantasean, quienes meditan, quienes sueñan y aman, porque a veces pueden seguir su cosa, su objeto, mucho más lejos; porque así pueden brindarle consumación a aquello que nadie podría ver con sus ojos” (p. 37). Puede suceder o no, suceder a medias o efímeramente, pero, despegándonos de cualquier cálculo, no debemos resignar nuestra labor en esta tierra y trabajar por un nosotros comunitario que piense y geste contra-tiempos, desde los disímiles espectros de mundo que habitan nuestros cuerpos.

BIBLIOGRAFÍA

- Abensour, M. (2022). *La historia de la utopía y el destino de su crítica*. Ed. Marat.
- Adorno, Th. Y M. Horkheimer (2014). *Hacia un nuevo Manifiesto*. Eterna Cadencia.
- Barthes, R. (2003). *La lección inaugural*. Siglo XXI.
- Castillo, C. (2021). *Lo que nos toca. Conversaciones con Diego Tatian y Alejandro Cozza*. Caballo Negro Editora.
- Cohen, H. (2004). *La religión de la razón desde las fuentes del judaísmo*. Anthropos.
- Debord, G. (2009.) *Panegírico*. Ediciones Acuarela y Machado Libros.
- Didi- Huberman, G. (2024). *¿Por qué obedecer?* Adriana Hidalgo.
- Fernandez Savater, A. (2024). *Capitalismo Libidinal*. Ned Ediciones.
- Foucault, M (2006). *Sobre la Ilustración*. Tecnos.
- Foucault, M. (2009) *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Nueva Visión.
- Girard, R. (2005). *La violencia y lo sagrado*. Anagrama.
- Huxley, A. (1969). *Un mundo feliz*. Plaza y Janés Ed.
- Levi-Strauss, C. (1988). *El Pensamiento Salvaje*. FCE.
- Lordon, F. (2015). *Capitalismo, deseo y servidumbre: Marx y Spinoza*. Tinta Limón.
- Malabou, C. (2023). *¡Al ladrón! Anarquismo y filosofía*. Adrogué: La Cebra –Ed. Palinodia.
- Marx, K. (1979.) *Las luchas de clases en Francia. 1848-1850*. Ed. Progreso.

Marx, K. (1987). *Miseria de la Filosofía. Respuesta a la Filosofía de la Miseria de Proudhon*. Siglo XXI.

Matos, A. (2023). *La An-arquía que viene*. Ned Ediciones.

Orwell, G. (2023). *1984*. Salim Ed.

Rancière, J. (1996). *El desacuerdo: política y filosofía*. Nueva Visión.

Rancière, J. (2007). *En los bordes de lo político*. Ed. La Cebra.

Rancière, J. (2013). *El filósofo y sus pobres*. Universidad Nacional de Gral. Sarmiento - INADI.

Rosenzweig, F. (1997). *La Estrella de la redención*. Sígueme.

Saussure, F. (1945). *Curso de Lingüística General*. Losada.

Souriau, É. (2021). *Tener un alma. Ensayo sobre las existencias virtuales*. Cactus.

Steiner, G. (2016). *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*.
https://www.academia.edu/5620970/Steiner_Lenguaje_y_silencio.

Surya, M. (2012). *De la dominación. El capital, la transparencia y la corrupción*. Arena Libro.